

LA POESIA EN EL TEATRO DE MARQUINA

P o r L U I S A R A U J O - C O S T A

MARQUINA fué, ante todo y sobre todo, poeta. Su talento de dramaturgo venía a ser resultado de su inspiración. Sus piezas se fraguaban en el ardor patriótico de su pecho y se templaban en las corrientes más puras y cristianas de la poesía y del alma nacionales.

Prescindiendo de *El pastor*, estrenado por Thuillier en el Español en 1902, y de alguna otra comedia que no recuerdo ahora, puede decirse que la carrera dramática de Eduardo Marquina comienza en 1909, con el estreno de *Las hijas del Cid*. La compañía Guerrero-Mendoza abrió aquella noche las puertas del teatro nacional a uno de los ingenios que más habían de enaltecerlo y contribuir a su grandeza. No hay en *Las hijas del Cid* trazos muy acusados y como sangrientos a la manera realista; ni férreos caracteres; ni combinaciones fáciles; ni efectos que aseguren el aplauso; ni versos dulzones, estrofas grandilocuentes y recitados aprovechables para el latiguillo. La obra de Marquina es un reflejo del *Poema* y del *Romancero*, la interpretación moderna de una fábula heroica que conmueve todavía las fibras de los corazones españoles a pesar de los nueve siglos transcurridos desde que sucedió. Ro-

drigo Díaz de Vivar; doña Jimena; las hijas del héroe, doña Elvira y doña Sol, y los Infantes de Carrión, que se casan con ellas y después las azotan y las abandonan, viven en las escenas de Marquina con tal pujanza y conciencia de los destinos de la Patria, que nuestros pechos de españoles se ponen al unísono del poeta y la sangre bulle en nuestras venas con el brío y entusiasmo que el dramaturgo supo despertar en nosotros.

Como poeta en el teatro, Marquina es un evocador de las grandezas patrias, un mago de la fantasía, un vate popular que acierta a poner en el alma del pueblo español los nobles sentimientos y las virtudes cívicas y domésticas que en el fondo le animan, y, por último, un adaptador admirable de espíritus, tendencias y númenes ajenos.

En *Las hijas del Cid* aparece ya maduro y robusto en su vigor y en sus facultades. Pero el episodio medieval del *Romancero* se resuelve en un canto de victoria, y España ha sufrido y ha visto cómo se arrancaba del corazón aquello mismo que era su orgullo y su grandeza. ¡Qué soberbio retrato de la España del siglo xvi es *En Flandes se ha puesto el sol!* Como todas las obras de Marquina, los personajes, las situaciones, los lamentos, la recia musicalidad de sus baladas, los trances y los dolores que sufre el protagonista como padre, como caballero y como español, vienen a ser vehículo de honda poesía. No viven aquí hombres y mujeres del propio aliento; no se les comprende fuera del lugar, de las empresas y las nobles ambiciones a que el autor les lleva destinados. Son a modo de cariátides y telamones. Sirven para sostener, para realzar, para dar cuerpo, perspectiva y razón dramática a los sentires del poeta y del patriota. En las obras de Marquina, la vida interior, la corriente de ideas, juicios y nociones, con profunda raigambre en la historia patria, viene con anterioridad a la forma externa de las figuras y a la construcción arquitectónica de las piezas teatrales. Por eso algunas de ellas, como *El retablo de Agrelano*, pecan de vagas y poco accesibles al gran público. La vida interna, inmaterial, unificada, en bloque, densa y profunda, en que el autor se inspira, logra diferenciarse y ofrecerse en las figu-

ras con armonía perfecta, y Marquina obtiene los éxitos indiscutibles de *Las hijas del Cid*, *En Flandes se ha puesto el sol*, *Doña María la Brava*, *La alcaidesa de Pastrana*. Pero a veces esta labor de taracea, de espiritualización, de símbolo; esta versión a lo material de los valores espirituales, no aparece tan clara y tan bien hecha, porque el espíritu y la idea se resisten a un signo que no pueden contener la inmensidad de la mente y del alma. Surgen entonces los poemas teatrales de éxito discreto que se llaman *Las flores de Aragón*, *Por los pecados del Rey*, *El retablo de Agrellano*, *El Gran Capitán*, *Evora*. Acaso estas últimas obras responden a un pensamiento más profundo, extenso y rico en consecuencias psicológicas y literarias que las antes nombradas. Pero lo que vale en el teatro es la realización, no la concepción, y aquel primer grupo de comedias y dramas en verso aparece como superior al segundo. La literatura triunfa aquí de una cosa que Marquina siente y penetra como pocos españoles: la psicología de la Historia; y dicha cualidad se aprecia mejor en estas comedias del segundo grupo que en las del primero, aunque la pompa, el brío, la magnificencia y la brillantez no se encuentren tan acusadas para atraer al público, ni se desborde el aplauso con la misma facilidad.

Toda la obra de Eduardo Marquina como evocador de las glorias patrias es una antología de esta ciencia, que el poeta siente y expresa con deliciosas sonoridades, pero que en su oficio de vate, de inspirado, no tiene obligación de razonar. Una flor del siglo XI son *Las hijas del Cid*. El espíritu de Clemencia Isaura y del aragonés Juan I, el Armador de la Gentileza, anima los serventesios y las escenas del *Rey trovador*. Las asperezas de Castilla por los años en que Juan II hubiese renunciado con placer a su corona para ser fraile del Abrojo, toman plasticidad y verbo en *Doña María la Brava* y *Las flores de Aragón*. El carácter heroico y ascético del siglo XVI tienen comentario en *La alcaidesa de Pastrana*, en *Teresa de Jesús* y en el magno poema *En Flandes se ha puesto el sol*. La decadencia española de los últimos Austrias, con sus pujos de hechicerías y su evocación de cultos demoníacos, hallan eco en la Corte del Rey poeta entre bufones y enanos (*Por los pecados del*

Rey) y en un proceso de la Inquisición a que dan motivo ciertos pactos con el demonio (*El retablo de Agrellano*). Aún acude Marquina a los tiempos en que España lucha contra Roma, no sin abrir su espíritu a las enseñanzas de la señora del mundo, fundamento de nuestra civilización. El drama de estas vicisitudes y de estos tiempos se intitula *Evora*. En él se combinan de manera feliz las exquisiteces de la vida romana—¡qué bellas anacreónticas las del pretor!—con el temple indomable y hosco de cántabros y astures.

El poeta tiene necesidad de vivir en un mundo de ensueño, en horizontes ideales, en el campo de la fantasía, vueltas las espaldas a toda realidad y a toda exigencia de la razón que se atempera a los seres y a las cosas tal y como se ofrecen al común sentido. El poeta que traduce la vida interior, la corriente de la conciencia nacional, por medio de imágenes y de símbolos, con más valor estético que lógico, debía elevarse unos peldaños más arriba en la escala de las bellas imaginaciones y de los sueños que la poesía realza y pone al nivel de los espíritus más levantados. Comedias de pura fantasía, sin otro fin que una manifestación de belleza, ajenas a la prosa cotidiana, y sin que el autor, al componerlas, parase mientes en la verosimilitud de tejas abajo, son *El pavo real* y *Una noche en Venecia*. En estas dos obras todo es sutil, alado, impalpable... El poeta y el comediógrafo han querido salirse de los colores y matices del espectro para invadir una serie de *ultras* a que no llegan los ojos, ni la inteligencia discursiva, ni la intuición meramente racional. Marquina nos pasea por aquellos campos de la poesía donde se confunden lo abstracto y lo concreto, la idea y la cosa sensible, la simple percepción con la imaginación desbordada. Los temas alegóricos, tan en auge por los finales de la Edad Media, cobran en estas dos comedias de Marquina modernidad y plasticidad sorprendentes. Los sentimientos que *El pavo real* y *Una noche en Venecia* avivan en el alma de los espectadores se distinguen por la dulzura, el encanto, la riqueza emotiva, el abandono inconsciente a la superior belleza. En la obra total de Marquina lo que se hace más cerca de la poesía pura y más

desligado de otros elementos psicológicos individuales y nacionales debe buscarse en estas dos comedias en verso, que estrenó en Madrid hace ya muchos años la compañía de Martínez Sierra.

Pero el alma de España no se ha de encerrar siempre en fórmulas históricas más o menos claras, en episodios que Talía y Melpómene le piden prestados a su hermana Clío. La psicología, como toda la realidad, se hace objetiva y alcanza existencia propia en los individuos. Marquina no podía olvidar este aspecto de la naturaleza inteligible y sensible. Además de la comedia en prosa *Cuando florezcan los rosales*, hay en la obra del autor otras dos piezas que vienen del pueblo y son para el pueblo: *El pobrecito carpintero* y *La ermita, la fuente y el río*. La poesía, que fué en las anteriores producciones majestad, entusiasmo, heroísmo, fe, grandeza, símbolo de pretéritas glorias y aliento de una España inmortal, fué después compasión, respeto a los humildes, exaltación de sentimientos poéticos y acciones de interés en las vidas ocultas y silenciosas.

El teatro de Marquina tuvo siempre a la poesía por común denominador. Ella es su vida, su medula, su centro, su diapasón, su motivo determinante, su sustancia y su causa final. Estudiando al Marquina poeta se estudia al Marquina hombre de teatro. Sus personajes, sus argumentos, sus escenas, son como paños de una colección de tapices. Hay en *La ermita, la fuente y el río* el colorismo de Goya; en *La alcaidesa de Pastrana* y *En Flandes se ha puesto el sol*, el sello especial de los Pannemaker; *Las hijas del Cid* vienen a ser un paño gótico con fondo de oro; y en todas ellas se advierte esa rudeza primitiva, llena de encanto, de atractivo y de verdadero arte, que nos enamora en el tapiz medieval de Bayeux donde se reproduce la conquista de Inglaterra por los normandos.